

UN Abril de hace ciento veinte primavera, nació en una de las islas dinamarquesas, un niño al que bautizaron sus padres con los nombres de Hans-Cristián.

Era raquítico y esmirriado y como además venía al mundo en hogar pobre, todas las probabilidades se conjuraban para que no llegase a ser feliz.

Su infancia no se pasó, efectivamente, en ese dulce descuido que hace que algunos recuerden la primera edad como un paraíso del cual la vida nos destierra.

Su padre era carpintero, como el de otro niño cuyo nombre, tres veces sacrosanto, él llevaba; carpintero que, con los despojos de un catafalco de un señor, hubo de construir una cuna para su pequeño Cristián.

La suerte, un tanto macabra, quiso que, siete años más tarde, su primer traje de hombre que estrenara, fuese cortado por su madre, de la negra tela en que se envolviera el ataúd del pobrecito carpintero.

Hans-Cristián había quedado huérfano de padre, y caídos en el desamparo, debía recordar como dichosos los tiempos en que todavía podían comer, negro y coreáceo, el pan nuestro de cada día.

Entonces y no mucho más tarde debió salir a buscarse la vida por su cuenta escapando de la burguesa ciudad donde se le conocía por el hijo de la lavandera borracha.

El ha contado en uno de sus cuentos esa triste historia que hizo que su madre, aterida por el frío de las aguas del río, donde debía lavar, tratara de reanimarse con ese sol de los pobres que se llama aguardiente. Y son páginas tan desgarradoras, que, a través de los años y de la gloria, se siente que el huérfano no sólo perdona sino que justifica a la triste viuda.

Partió el niño; en varios otros de sus cuentos él ha narrado sus aventuras de aprendiz sin oficio, sus vagabundeos y, casi olvidando las almas duras con que debió tropezar en su camino, el luminoso recuerdo de aquellas otras que tuvieron para él un poco de ternura. Allí está su cuento del niño que da sepultura a un cadáver y después se ve protegido por el alma del muerto; allí ese otro del hortera, en que habla inolvidablemente del compadre Tilo y del compadre Sauce y evoca su primer amor sin consuelo...

Porque los seres de elección como aquel adolescente danés, forzosamente han de ser derrotados donde los demás triunfan, para poder triunfar donde los demás, todos los demás, son derrotados.

Y en esta etapa de su vida se

Andersen



Por

AUGUSTO D'HALMAR

colocan los dos más maravillosos de sus cuentos, el *Sapo* y el *Patito Feo*. Recordémoslo brevemente.

En el fondo de un pozo vive desde varias generaciones una familia de batráceos, sin más contacto con el mundo «de arriba» que un cubo que suele descender para subir agua; pero precisamente la abuela les ha repetido una terrible aventura en que ella, joven, subió por descuido en el cubo; y todos se le apartan temiendo pueda sacarles fuera de su húmedo y amado pozo.

Todos menos nuestro sapito, que sueña con esa aventura y con otros relatos fantásticos de la abuela, tales como la leyenda de que entre todos los sapos uno viene, cada mucho tiempo, al mundo, que trae una piedra preciosa en la cabeza.

Y decide subir; pero una vez el cubo sobre la hierba, un grito de horror que da la mujer que sacaba el agua, le enseña su primera amarga lección y casi le hace caer otra vez al pozo, como la abuela.

El tiene fe y esperanza y aunque muchas desventuras le sucedan, es feliz nada más que por haber escapado a la eterna noche de las tinieblas. Es cierto que aun ahora le parece estar todavía en el fondo de otro pozo, tal vez más profundo, y sueña, para alcanzar el cielo, con meterse de un salto en ese cubo resplandeciente que ve descender todas las tardes hasta el fondo de la tierra y que no es otra cosa que el sol

Una garza real lo percibe desde lo alto, donde él la ve volar extasiado y precipitándose sobre el suelo le arrebató en su pico. Tal vez va a engullírselo; pero el sapito no sabe sino que asciende hacia el azul y que vuela.

Y era él, seguramente, entre todos —concluye el narrador— el que llevaba en la cabeza la piedra preciosa porque ¿qué otra cosa vendría a ser sino ese anhelo de azul y de altitud?

El *Patito Feo* es casi lo mismo, sólo que esta vez se trata de una buena ánade que empolla sus huevos y se asombra de no acabar de ver romperse el cascarón del último. Las vecinas que vienen a visitarla le aconsejan desconfiar, no vaya a ser un huevo de gallina y todas se asombran cuando al fin hace eclosión un horrible polluelo; pero al ponerle a prueba, llevándole a nadar, el recién nacido lo hace tan bien que hay que desechar la idea de que sea espurio y conformarse con su fealdad.

De cuando en cuando, los patos que felicitan a la ánade por su nueva cría, se conduelen de que el menor de ella sea tan horrible; pero la madre lo escusa diciendo que el pobre es bueno.

Harto de picotazos y desaires, el patito deserta del estanque natal y, como el sapo, se va a correr el mundo, y como al sapo le ocurren las más peregrinas y tristes peripecias. Sólo halla unos días de tregua en el corral de una buena vieja, entre una gallina ponedora que asegura que el mundo llega hasta el campanario y un gato que se apela a junto al fogón.

Pero el patito siente la nostalgia de nadar y se lo confiesa a la gallina, que se horripila de lo que ella llama fantasías de la ociosidad; el patito no sabe poner huevos como ella, ni hacer ron ron como el gato; luego es un inútil; que se lo pregunte, al gato, si es cosa de animales sensatos el soñar con el agua; y si no que se lo pregunte a la vieja que es la sabiduría personificada.

Y el patito incomprendido (como *El Ruiseñor del Rey* y el gorrioncito de las *Escenas del Corral*), decide reanudar su vida aventurera y aventurosa hasta que llega al lago de un palacio, donde divisa los seres más hermosos que hubiera podido concebir su imaginación de poeta.

Se trata de cisnes y le parecen tan prodigiosos que decide acercarseles aunque le vaya en ello la vida.

Con estupefacción ve que la ebúrnea bandada le acoge como suyo. Los niños de la casa, que les echan migas de pan, gritan, palmoteando entusiasmados: ¡Hay otro más, otro